

ENSAYO
VISUAL



SAUDADE

Timbre que no suena, sobre madera apolillada, entre una maraña sepia.
Candado entornado, cuelga en la puerta astillada que lleva hacia una oquedad.
Marco de un cuadro vacío, similar al cauce seco de un río o la superficie de Marte.
Perdición del imaginario rupestre, el cual ciñe el rostro fantasmal de la televisión,
que se encuentra rodeada de chucherías domésticas y muñecas Barbie anómalas.
Flores plateadas fosilizadas que escoden el origen del mundo y reemplazan
a las fotografías que nunca fueron tomadas.
Niño-dios arrancado del imaginario de la ignorancia, de la iglesia
más pútrida de una ciudad colonial.
Proyección sin contenido, que recuerda ese pitido recurrente que enloqueció al último
noctámbulo.
Aquella máquina de escribir en la que ya no se escribe y es carcomida por su propia tinta.
El candado que no será abierto por nadie porque detrás de la puerta no hay habitación
El engendro que se sublima como si fuera un Jonh Merrick entre cortinajes y candiles.
La sucesión de imágenes que plantea Edgar Cortéz se halla envejecida de antemano. El fil-
tro sepia, recurrente y extático, deviene en confirmación de un mundo perdido, en este caso
de la infancia. No hay una crítica implícita. No hay elementos hipermodernos. El resultado
es una retroacción del ego que se resuelve en nostalgia.

Diego Yépez





















